

EL DIOS AMARILLO

HAY, en la familia materna, un personaje que me deslumbra. Vivía en las Islas Oceánicas, con centro principal en Manila. O los tenía por derecho propio, o había adquirido los rasgos de aquellos pueblos, a tanto respirar su aire y beber su agua, como diría Hipócrates. Desde luego, tartajeaba en lengua española; y los ojos vivos y oblicuos le echaban chispas las raras veces que llegaba a encolerizarse.

Traficaba en artes exóticas. Traía hasta Jalisco ricos cargamentos de sedas, burato y muaré; chales, mantones, telas bordadas que apenas alzaban entre sus cuatro esclavos, y gasas transparentes urdidas con la misma levedad de los sueños, cendales de la luna.

Un esclavo lo bañaba y lo ungía de extraños bálsamos, otro le tejía y trenzaba las guedejas, el tercero lo seguía con un parasol, el cuarto le llevaba a casa de mi abuela Josefa —creo que era su abuelo— la butaca de madera preciosa.

Andaba como los potentados chinos, echando la barriga y contoneándose, para ocupar el mayor sitio y obligar a la gente humilde a estrecharse y escurrirse a su lado. Usaba botas federicas y calzón sin bragueta, abierto en los flancos, que llamaban “calzón de tapa-balazo”. Le gustaba sentirse insólito; y como era filósofo, dejaba que se le burlaran los muchachos, mi madre entre ellos.

Y a esto se reduce lo que me contaba mi madre, solicitándolo desde los abismos en que alboreé su mente infantil, y acaso impreso por las azotainas que le propinaba doña Josefa, cuando la chica se atrevía a faltar al respeto al dios oriental.

Este fantasma me lleva, por las misteriosas aguas del occidente mexicano, hasta el Extremo Oriente. A esa sombra interrogo, a veces, pidiéndole la explicación de ciertas simpatías chinescas, lo mismo impresas en mi cara que en algunos toques de mi carácter. Más de una vez me he sorprendido gustos de antiguo mandarín, aficiones al logogrifo, al acróstico, al trabajo minucioso y difícil, a la concepción del universo bajo especie de ceremonial. Más de una vez creo que mi matrícula se ha perdido en la Nao de China: aquella que arribaba al Acapulco de la Nueva España con cargamento de abanicos y biombos; de máscaras grotescas, cuyas expresiones alcanzan un colmo doloroso; de divinidades y sabios calvos y panzudos; de delicados juguetes en jade y en marfil; de estiletes envenenados y cetros en gancho de interrogación; cohetes de estrella, de cascada y de arcoíris; monocordes violines que hacen cabecear a las flores: extraña y erudita lujuria.

En su libro sobre *La vieja Persia y el joven Irán*, los hermanos Tharaud cuentan que, en Ispahan, buscaron en vano la tumba de un tío de Jean-Jacques Rousseau, un tío que anduvo por aquellas tierras hacia mediados del siglo XVIII ejerciendo su arte de relojero. De cuando en cuando, volvía a Ginebra para saludar a su familia y ocuparse de su negocio. Sin duda —observan— que en lo privado se trajeaba ala oriental, comodidad a la que se renuncia difícilmente en cuanto se la ha probado. Acaso impresionó la imaginación de Juan-Jacobo, y de allí la ventolera de vestirse a la armenia, con que tanto asombré a sus contemporáneos. ¿Si acabaré yo —que ya no soporto el cuello duro ni los trajes de ceremonia europeos— vistiéndome de traficante oceánico?